

Rodríguez-Moñino

y la Real Academia de la Historia



A sorprendente actividad erudita de don Antonio Rodríguez-Moñino, hubo de hallar solaz y buenas realidades dentro de la valiosísima Biblioteca de la Real Academia de la Historia, por el muerto escritor frecuentada en sus años jóvenes, dando lugar a interesantes estudios y a muy reiteradas citas de la misma, a lo largo de su varia y siempre valiosa producción bibliográfica, tan extensa, cuyo nuevo recuento viene haciéndose por diversas y versadas plumas, para unánime pasmo, ahora con aciaga oportunidad del prematuro tránsito de este descollantísimo numerario de la Real Academia Española.

En su mismo rigor crítico, consecuente a su penetración enjuiciadora y a sus asombrosos conocimientos, nunca faltaba ocasión a Rodríguez-Moñino para encomiar la labor ajena nacida de veras válida. Así, la Real Academia de la Historia —cuya medalla entendemos que debería haber lucido cabe la que ya ostentaba—, sabiendo más de una vez de sus espontáneas loas; muy decididamente, cuando repasaba la nómina de colaboradores extremeños en el Boletín corporativo, pues que fija también entonces su atención en la totalidad de páginas tales, rubricando que en ellas «ha quedado volcada una gran parte de la obra académica». Y cerraba su grácil glosa, al añadir que permanecen a modo de testimonio «de lo mucho que deben cuantos se interesan por la historia patria, a la benemérita y eficiente labor que realiza la Academia» (1).

(1) Auto «La erudición extremeña y la Academia de la Historia» (1877-1945) —Badajoz, 1946—, págs. 6 y 7.

Fruto de sus conocimientos de los cuantiosos fondos de que es ufana dueña dicha Real Academia de la Historia, su publicación de «Bibliografía hispano-oriental», modestamente titulada «Apuntes para un Catálogo de los documentos referentes a las Indias Orientales».

Trabajando intensamente en la Biblioteca de tal Corporación, durante los meses invernales de 1930-1931, hubo de ojear Moñino los doscientos treinta y cuatro volúmenes que componen la «Colección de Jesuitas», integrada por veinte millares de documentos, manuscritos e impresos, de los siglos XVI al XVIII, cuyo Catálogo general, por cierto, hállase actualmente en periodo de cuidada redacción, a cargo del docto facultativo del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, don Juan Manuel Hernández Andrés, adscrito al citado Centro.

El erudito extremeño acotaría para su útil estudio papeles en conexión con las Indias Orientales, principalmente aquellos ligados a China y Japón; documentos «que por la índole de su contenido sirvan de algún modo para aclarar el espíritu de las relaciones chino-japonesas con España», desde 1575 a 1772, entre cuyas fechas se encuadra cronológicamente el expresado fondo documental, no único existente en la mencionada Biblioteca afin al tema; los de Mata-Linares, Traggia y otros.

Queda ahí, de semejante suerte, al alcance del estudioso, una estimable teoría de hombres y de circunstancias patrias, como enhiestas banderas de la España misionera y cultural. Apareciendo inicialmente tan útil al trabajo en el «Boletín» de la Academia (1).

Muy superiores a lo por él publicado, eran los conocimientos que Antonio Rodríguez-Moñino tenía del acervo documental de esta Academia; y ya queda indicado que un abundoso repertorio de manuscritos de semejante Corporación se manifiesta a lo largo del afán bibliográfico de nuestro erudito. Recordemos al correr de estas apresuradas notas, otro aprovechamiento de aquellos: su bella edición del «Viaje a España del Rey don Sebastián de Portugal (1576-1577)» hecha sobre un manuscrito existente ahí. Rodríguez-Moñino investigando en la imponderable «Colección Salazar y Castro», como es sabido integrante del tesoro documental del referido Instituto, —y ahora más asequible al estudioso merced al «Índice» que de la misma vienen publicando dos infatigables historiadores, el Rvdo. don Baltasar Cuartero, Correspon-

(1) Tomo XCVIII —Madrid, 1931—, págs. 417-475. El autor tenía por buen hábito hacer de estos sus provechosísimos artículos independientes reimpressiones, simultáneas o posteriores, facilitando de tal forma la mejor difusión de los mismos.

diente de dicha Academia. y don Antonio de Vargas Zúñiga, Marqués de Siete Iglesias (1), hubo de dar con una «Relación» de la presencia en Guadalupe del malogrado monarca luso; el manuscrito «lleno de tachaduras y enmiendas, de borrones y entrelineados» (2).

«La Colección de Manuscritos del Marqués de Montealegre», es el título de otro de los notables trabajos de Rodríguez-Moñino, rendido en función de su no improvisado conocimiento del venero documental de la Real Academia de la Historia, y ahí, su nueva ponderación de la misma, de sus tesoros; esas colecciones «formadas por eruditos investigadores a lo largo de toda su vida y que luego, generosa o remunerada, han ido constituyendo el inapreciable fondo de manuscritos e impresos que la colocan en un sitio destacadísimo entre las españolas» (3).

Al hilo del superficial Índice de las series de referencia, hecho alguna vez por Barrantes (4) —en él los nombres de Muñoz, Velázquez, Garibay, Salazar y Castro, Sanz de Barutell, Vargas Ponce...—, añadiría Moñino otras ilustraciones, de nuevas series documentales —ahí, Jovellanos, Cavanilles, Fernández Guerra, Fita, Pirala...—, atesorados igualmente por el propio Instituto, no sin ponderar tamaña riqueza bibliográfica, a todas luces extraordinaria, pues alternan los manuscritos originales con los impresos góticos y las relaciones del XVII, en conjunto tan vario, ameno y explotable con provecho, que ni aun la Biblioteca Nacional alcanza a poseer series tan valiosas».

La Biblioteca del Marqués de Montealegre —don Pedro Núñez de Guzmán—, Presidente del Consejo de Castilla, hombre de plurales prestancias, Conde de Villahumbrosa y de Castronuevo, Comendador de Calatrava, y tantos rangos más, había sido estudiada por el Licenciado Maldonado y Pardo, publicándola en 1677. Moñino, ante el cúmulo de títulos y manuscritos reseñados por Maldonado —se trataba de una espléndida Biblioteca, conocida de Nicolás Antonio, de Pérez Pastor, Gallardo y otros eruditos, así como de nuestro Director, don

(1) Dicha obra se halla hoy abocada a su feliz, pero arduo término, al llegar a su tomo XXI, encontrándose ya en impresión el siguiente. Los datos que en el texto se citan están actualmente registrados en el tomo XXXVIII —Madrid, 1967—, pág. 49: Es el mes. «N-4», fols. 97-111; y referencia a una copia del propio manuscrito, en el XXXIX —Madrid, 1967—, pág. 180.

(2) Obra citada —Valencia 1956—, pág. 71 (Ed. Castalia), aunque publicado antes en restringida tirada, de una deficiente copia, que no es el texto manejado por Moñino, y que éste exhumaría, según acaba de indicarse.

(3) Boletín, CXXVI —Madrid, 1950—, pág. 427.

(4) Vicente Barrantes, «Discurso leído ante la Academia de la Historia en su pública instalación en la Casa del Nuevo Rezado el día 21 de Junio de 1874» —Madrid, 1874—, págs. 88-89.

Francisco Javier Sánchez Cantón —optó por reeditar tan valioso como desconocido texto, aunque haciéndolo literalmente sólo de su tercera parte, ceñida al fondo manuscrito en estudio.

Aclarando Rodríguez-Moñino acrecerse el interés de la obra de don José Maldonado, al estar conservadas, precisamente, en nuestra Corporación una buena alícuota de los fondos inéditos ahí catalogados, pues que en gran parte, fueron a nutrir la Biblioteca y Archivo del Cronista don Luis de Salazar, y por tanto se conservan en la Academia de la Historia.

El utilísimo impreso de Moñino apareció, inicialmente, en varios tomos del Boletín académico, siendo editado posteriormente por el por el mismo erudito fallecido (1).

Todavía iba a dejarnos nuestro amigo otra prenda de sus devociones, tan conscientes como diáfanas, por el tesoro documental de la Real Academia de la Historia, al redactar un «Catálogo de Memoriales presentados al Real Consejo de Indias (1626-1630)». Testimoniando de nuevo el fallecido polígrafo —muy merecida estimamos esta calificación— su adicta postura hacia la Biblioteca corporativa. Persuadido de que fondos no catalogados, equivalen punto menos que a fondos inexistentes —criterio que uno comparte acendradamente desde su actual cargo académico de Bibliotecario—, brindó al Boletín otro fruto de sus tenaces y doctos afanes con el libro cuyo título acaba de anotarse.

Son tres voluminosos infolios, integrados por «una gran cantidad de impresos y manuscritos relativos a América, muchos autógrafos y otros en tirada tan corta que han escapado a la mirada de los más diligentes investigadores» (1).

Diligente investigador él y maestro siempre, pudo estudiar meticulosamente el material aludido, perteneciente hoy al rico archivo familiar de don Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel, eruditísimo correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, gran conocedor de la historia local, formado por don Luis de Tapia, del Real Consejo de Indias, inclita personalidad del XVI, de vieja prosapia cacereña.

La categoría de esta masa documental pronto se infiere del título mismo con que hubo de agruparla Rodríguez Moñino, máxime habida cuenta de que el Consejero Tapia anotaba en cada «Memorial» de prentensión de cargos, o «Arbitrios», la data en que fue «visto» en sala.

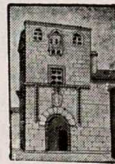
Resplandece ahí de nuevo, con oportunísimas notas y comentarios, el

(1) Boletín de la Real Academia de la Historia, CXXX —Madrid, 1952—, páginas 449-530.

extraordinario saber de ese extremeño archidotado que se llamó don Antonio Rodríguez-Moñino, en cuya afanosa existencia no hubo vocación más intensa, ni más halagada, que un certero adentrarse en la florida selva de nuestros patrios archivos y bibliotecas, tonificándose con su inefable aroma, y dándonos ópimas cosechas de su incesante laborar en campos tales, hasta lograr que su nombre quede como paradigma de estudiosos y de críticos, para afianzarnos el recuerdo de su personalidad en las recatadas y umbrosas parcelas de la nostalgia, ojalá fácil para el ejemplo bien aprendido.

Dalmiro de la VÁLGOMA Y DÍAZ-VARELA

de la Real Academia de la Historia



HA MUERTO UN AMIGO



A muerto don Antonio Rodríguez-Moñino. No quiero aquí resaltar su tan conocida faceta de erudito y escritor, tan notoria. Voy a hablar de don Antonio, hombre. De don Antonio Rodríguez-Moñino hombre bueno y caballeroso. De don Antonio hidalgo extremeño integérrimo e intachable.

Su carácter era enterizo e inflexible, pero podía serlo. Cuando un hombre ha sido honesto consigo mismo puede ser exigente con los demás. El nunca se doblegó ante la incomprensión, y la envidia rastrea y miserable de sus émulo. Los que tengan la idea de que Moñino era una especie de Voltaire del siglo XX se equivocan. Moñino era cristiano y un cristiano practicante y consecuente. Era algo anticlerical, eso sí; pero tal como están las cosas, el ser anticlerical va a acabar como cosa de gentes de derechas. En política internacional fue anti ruso siempre. Achacaba el fracaso de nuestra segunda República a que los gobernantes trataron de contar con el pueblo. Y decía: «las reformas si hay que hacerlas, se hacen; pero sin consultar a nadie». La masa es estulta. El pueblo orgánico, vertebrado en sus clases y estamentos es otra cosa. Pero hoy no hay pueblo, hay masa, y la masa es ciega.

Antonio Rodríguez-Moñino cultivaba una extraña fruta en el panorama español: la amistad. El daba la cara por los amigos hasta la muerte. Su generosidad era ilimitada. Lo mismo en comunicar su ciencia que en la ayuda al prójimo. Y en su magisterio era sencillo y directo, lejos de la seriedad de algunos adustos profesores que disimulan su ignorancia con su desabrido aspecto y su esoterismo.